

ENTREVISTA A FRANCISCO FERRÁNDIZ*

Descifrando el “subtiero”: las exhumaciones de fosas comunes como herramienta de reparación

POR LAURA MARTÍN CHIAPPE**

En esta entrevista Francisco Ferrándiz cuenta sus experiencias del trabajo de campo en torno a una preocupación que ha sido constante en su trayectoria: la de las relaciones entre la memoria, la violencia y el cuerpo. Con más de quince años de trabajo en las exhumaciones de fosas comunes de la Guerra Civil española, Ferrándiz despliega su profundo conocimiento de las distintas etapas del proceso social, memorial, jurídico y político; reflexiona en torno a los distintos dilemas ético-políticos del compromiso académico y propone su concepto de “subtiero” como terreno común para pensar las distintas figuras de las víctimas y las distintas fases de la experiencia histórica, tanto en el caso de España como en términos globales.

* Esta entrevista fue realizada el día 14 de febrero de 2018 en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Madrid y fue concedida en el marco del proyecto I+D+i CSO2015-66104-R (MINECO/FEDER). El trabajo de edición de esta entrevista, incluida la añadidura de las notas al pie, ha sido responsabilidad de M. Soledad Catoggio, coordinadora de esta sección de *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*.

** Es graduada en Antropología Social y Cultural por la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Antropología de Orientación Pública por la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente, es becaria doctoral FPU (Formación Profesorado Universitario) en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (ILLA-CCHS-CSIC). Desde 2014, ha integrado diversos proyectos de investigación sobre exhumaciones de fosas comunes y derechos humanos en perspectiva comparada.



Getaria, Guipuzkoa, 2012

Fotografía: Asunción Gaudens.

Laura Martín Chiappe: ¿Podrías contarnos cómo se inició tu trayectoria como investigador y cómo fue surgiendo el interés por la antropología del cuerpo?

Francisco Ferrándiz: Originalmente, soy arqueólogo. Hice una licenciatura en Geografía e Historia en la Universidad Autónoma de Madrid. Mi carrera dio un vuelco en el año 1990, cuando conseguí una beca Fulbright para hacer mi tesis doctoral en el departamento de antropología de la Universidad de Berkeley. Allí, hice una investigación sobre un culto espiritista, de posesión, que se llama *María Lionza* y se practica fundamentalmente en Venezuela. Berkeley me marcó profundamente. Cuando llegué con mi formación básica en antropología, me encontré con perspectivas que desconocía, que iban desde la antropología médi-

ca hasta la de la resistencia, pasando por la antropología del cuerpo y de la violencia. En California descubrí un fermento intelectual muy exigente, potente e innovador que me influyó profundamente y persiste en los temas que investigo desde entonces.

L. M. C.: ¿Cómo fue tu experiencia de trabajo de campo desde esas nuevas miradas antropológicas?

F. F.: Me acuerdo que cuando estaba por salir para hacer mi campo en Caracas una de mis directoras de tesis, Scheper-Hughes, me recomendó que prestara especial atención a los cuerpos “heridos, mutilados o empobrecidos”. El culto de *María Lionza*, basado en la posesión, era perfecto para eso. Así que empecé a tratar de descifrar procesos sociales a través del análisis

Empecé a tratar de descifrar procesos sociales a través del análisis de determinadas formas de corporalidad. Me interesaba estudiar cómo la memoria popular se plasmaba en los estereotipos corpóreos de las diferentes categorías de espíritus en espacios rituales. Así que empecé a hacer etnografía sobre temas de cuerpo, memoria popular, pasado traumático, buscando sus inscripciones recíprocas.

de determinadas formas de corporalidad. Inicialmente, me interesaba estudiar cómo la memoria popular se plasmaba en los estereotipos corpóreos de las diferentes categorías de espíritus en espacios rituales. Así que empecé a hacer etnografía sobre temas de cuerpo, memoria popular, pasado traumático, buscando sus inscripciones recíprocas. Pero, durante el trabajo de campo sucedió algo imprevisto. Cuando comencé a meterme en el mundo del espiritismo me encontré con nuevas categorías de posesión, de espíritus, vinculadas con la violencia callejera, que estaban casi exploradas por la bibliografía: los espíritus malandros, los africanos y los vikingos. Estos espíritus, emergentes en aquella época, protagonizaban un tipo de rituales en los que la violencia de la vida cotidiana se inscribía y reciclaba de un modo muy evidente en los cuerpos de los médiums.¹ Me refiero a la violencia estructural, tanto simbólica como física, cuyo impacto es masivo en la cotidianeidad de los barrios. Ahí fue donde hice el clic entre los tres temas que son centrales en mi trabajo hasta el día de hoy: la memoria, el cuerpo y la violencia. Pero, el tema de la violencia surgió

como algo inesperado, porque en principio no tenía pensado trabajarla, sino concentrarme en el entrelazamiento entre memoria popular y formas de corporalidad. Como resultado de esa investigación, escribí un libro que se llama *Escenarios del cuerpo*.²

Del cuerpo poseído al ejecutado

L. M. C.: ¿Y qué te llevó del espiritismo a las exhumaciones?

F. F.: La vida académica que inicié en Berkeley fue una experiencia bastante nómada: en quince años viví en los Estados Unidos, Venezuela, Holanda, México, el País Vasco y, finalmente, en España, en Madrid. A pesar del nomadismo, de las idas y venidas, ese fermento originario que fue Berkeley constituyó el entorno en el que he trabajado desde entonces. Por supuesto, que lo fui modulando, es decir, fui evolucionando, incorporando nuevas reflexiones y lecturas que me condujeron a otros repertorios bibliográficos. A fines de los años noventa, cuando llegué al País Vasco, llevaba ya algunos años sin poder regresar a Venezuela y mi etnografía había envejecido, consideraba que había escrito suficiente sobre ese tema y necesitaba cambiar de proyecto. En ese momento, entre los años 2001 y 2002, comencé a seguir con interés en los periódicos la apertura de las fosas comunes de civiles republicanos ejecutados en la Guerra Civil, un fenómeno que no solo me llamaba la atención, sino que también resultaba inesperado para la sociedad española en general. Entonces, decidí meterme de lleno en el tema, básicamente porque estaba atravesado por los mismos tres ejes que venía investigando: el cuerpo, la memoria y la violencia. Por supuesto, que había variantes: primero, ya no era el cuerpo poseído, sino el fusilado. Segundo, no se trataba de una memoria popular, como la del esclavismo o la resistencia indígena colonial constituida en el proceso de independencia venezolana, sino de una memoria con un gran potencial polémico referida al contexto de una guerra civil, como

FRANCISCO FERRÁNDIZ, la antropología como activismo

Nació el 7 de junio de 1963, en Oviedo, España. Se doctoró en Antropología, en la Universidad de California en Berkeley en 1996. Actualmente es Investigador Científico del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA) del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). En los años noventa, llevó adelante su primer gran proyecto etnográfico que tuvo como objeto el culto espiritista de María Lionza en Venezuela. Desde 2003 se ha dedicado a otra etnografía de envergadura, las políticas de la memoria en la España contemporánea, a través del análisis de las exhumaciones de fosas comunes de la guerra civil (1936-1939). Ha sido Profesor e investigador de las Universidades de Berkeley, Virginia, Central de Venezuela, Utrecht, Autónoma del Estado de Morelos, Deusto y Extremadura. Desde hace casi dos décadas participa en diversos proyectos de la Unión Europea: entre 2001 y 2005 dirigió el proyecto Marie Curie "Identity, Territory and Conflict"; entre 2010 y 2013 fue director en el CSIC del proyecto Marie Curie "Sustainable Peace Building" (SPBUILD); entre 2012 y 2016 participó en el Management Committee del proyecto COST "In Search of Transcultural Memory in Europe" (ISTME); entre 2016 y 2019 coordina la participación del CSIC en el proyecto H2020 "Unsettling Remembering and Social Cohesion in Transnational Europe" (UNREST) sobre la memoria cultural de las guerras en Europa.

Entre sus principales publicaciones, hay que destacar *Escenarios del cuerpo: Espiritismo y sociedad en Venezuela* (Bilbao, Universidad de Deusto, 2004); *Etnografías contemporáneas: Anclajes, métodos y claves para el futuro* (Barcelona, Anthropos, 2011); y *El pasado bajo tierra: Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil* (Barcelona, Grupo Editorial Siglo XXI/Anthropos, 2014). A su vez, ha editado los siguientes libros, entre otros: *Jóvenes sin tregua: Culturas y políticas de Violencia* (coed. con C. Feixa, Barcelona, Anthropos, 2005), *Multidisciplinary Perspectives on Peace and Conflict Research: A View from Europe* (coed. con A. Robben, Bilbao, HumanitarianNet/ Universidad de Deusto, 2007); *Memorias de carne y hueso: Fontanosas 1941-2006* (coed. con J. López, Ciudad Real, Diputación de Ciudad Real, 2010) y *Necropolitics: Mass Graves and Exhumations in the Age of Human Rights* (coed. con A. Robben, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2015). Ha publicado en revistas como *Current Anthropology*, *American Ethnologist*, *Ethnography*, *Alteridades*, *Critique of Anthropology*, *Anthropology Today*, *AIBR*, *Revista de Antropología Social*, *Visual Anthropology Review*, *Forum: Qualitative Social Research*, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, *Isegoría*, *Culture and History*, *Témoigner*, *Conflitti Globali* o *Journal of Spanish Cultural Studies*.

fue la que vivió España a comienzos del siglo XX. Por último, la violencia también era de naturaleza distinta. No imperaba una violencia cotidiana-estructural, sino una fundamentalmente bélica y represiva. Entonces, aunque el contexto era radicalmente distinto, el proyecto seguía siendo el mismo.

L. M. C.: Más allá de esa continuidad que mencionas, ¿hubo algún elemento de tu historia personal, relacionado con la Guerra Civil, que influyera en esa decisión de cambiar de tema?

F. F.: Creo que es evidente que la Guerra Civil ha dejado una huella profundísima en España. Los debates que emergen aún hoy son buena prueba de ello. En mi familia no hay ninguna persona fusilada, aunque sí tengo parientes que han sufrido encarcelamiento y exilio. Pero la historia de mi familia es distinta a la de muchos de los militantes o activistas de la memoria que se han involucrado en este tema en España en los últimos años. Esa gente ya sabía o tenía idea de que había muerto algún familiar suyo en la Guerra Civil, pero desconocía el contexto en que se habían produ-

1. Véase Ferrándiz, F. "Memorias afligidas: Historias orales y corpóreas de la violencia a Venezuela" en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 31, pp. 5-27; Ferrándiz, F. "Venas abiertas: Africanos y vikingos entre los jóvenes espiritistas venezolanos" en F. Ferrándiz and C. Feixa (editores), *Jóvenes sin tregua: Una antología sobre la violencia juvenil*, Anthropos, Barcelona, 2005, pp. 171-184 y Ferrándiz, F. "The Body as Wound: Possession and Everyday Violence in Venezuela" in *Critique of Anthropology*, 24 (2), pp. 107-133.

2. Véase Ferrándiz, F. *Escenarios del cuerpo. Espiritismo y sociedad en Venezuela*, Universidad de Deusto, Bilbao, 2004.



Fotografía: Helena Ferrándiz.

Exhumación de La Pedraja (Burgos), agosto de 2010

cido los hechos. En otros casos, conocían el contexto, pero no habían activado la búsqueda de esos cuerpos. Entonces, mi afinidad con el tema es, por un lado, generacional y, por otro, ideológica. Lo primero, porque pertenezco a la generación de nietos de la guerra y, lo segundo, porque me considero "nieto de la derrota". Es decir, de lo que fue derrotado en esa Guerra Civil. Entonces, lo que estaba sucediendo me generó un enorme interés porque no había trabajado nunca en exhumaciones y el fenómeno permitía generar nuevos debates. Había muy pocos precedentes en la antropología de aquel momento. Yo no conocía más que un texto de Bruce Lincoln sobre la exhumación y profanación de restos cadavéricos de personal religioso en distintos puntos de España, realizada por milicianos en los primeros momentos de la Guerra Civil.³ A mí siempre me había interesado el tema del cuerpo, así que me enganché inmediatamente con este tema.

L. M. C.: ¿Qué desafíos éticos y metodológicos te generó el cambio de población de estudio, de Venezuela a España?

F. F.: ¡Es que son investigaciones radicalmente distintas! Hay varios elementos. En Venezuela estuve un año trabajando con espiritistas en los barrios marginales, entonces la violencia que allí trabajaba estaba más vinculada con la marginalidad urbana. Yo estaba tratando de analizar cómo se expresaba esto en un lenguaje ritual, en un culto espiritista muy popular en Venezuela, en el que creen tanto los chicos jóvenes de los barrios como la policía. Básicamente, yo vivía con ellos, participaba en los rituales. Siempre he utilizado medios audiovisuales, he grabado muchísimas ceremonias, llevaba la cámara de vídeo cada vez que podía. Allí las entrevistas tenían que ver con la carrera del espiritista, con los sentires, con sus relatos del cuerpo. Preguntaba por cómo sentían un cierto tipo de espíritus y luego otros, y eso me daba datos sobre cómo se inscribía la memoria en el cuerpo. Fue un trabajo fascinante enfocado en un solo año. En cambio, llevo ya 15 años trabajando sobre fosas comunes en el caso español. Los dos trabajos de campo han tenido su dureza. En España, la exhumación es un escenario

de una enorme dureza y cuesta acostumbrarse. Yo no me consigo acostumbrar. A los forenses los veo mucho más integrados, porque es su profesión, pero nosotros no tenemos ese entrenamiento. Aunque ahora no es lo mismo que cuando comenzamos las exhumaciones, sigues encontrando a muchas personas, sobre todo mayores, que no han tenido posibilidad de hablar y que han sufrido represalias, expropiaciones, han tenido familiares asesinados a los que no han podido recuperar ni homenajear. Hay duelos interrumpidos. Son silencios de décadas. Es sorprendente encontrar que, en España, un país con una calidad democrática supuestamente importante y que incluso había exportado su modelo de transición internacionalmente, existía un trasfondo tan duro e injusto con los derrotados en la Guerra Civil, de los cuales nadie se había ocupado de una manera sistemática. Entrar en ese mundo es muy complejo. En el caso de las exhumaciones, como antropólogos sociales, nosotros lo que hemos hecho ha sido integrarnos dentro de los equipos técnicos, sin ingresar a la fosa. Aunque también nos interesa analizar, por supuesto, lo que llamamos el "giro forense" en todo este proceso memorial, fundamentalmente hemos estado en la periferia de la fosa común hablando con los distintos colectivos de gente que se presentaban allí, en especial, con los familiares. Hicimos entrevistas, fuimos a sus casas a recibir documentación y fotografías que podían ayudar tanto con las identificaciones como en la reconstrucción de esas historias. Entonces, ahí se dio un fenómeno muy importante, que nunca me ocurrió en Venezuela, que es el hecho de que tu trabajo, de repente, se empieza a desenvolver en un contexto político del cual es imposible escapar. Me refiero a que entrevistas a una persona de 80 años junto a una fosa común, que habla por primera vez y la escuchan, a lo mejor, 50 ó 60 personas: algunos del pueblo, otros de otros sitios, curiosos, periodistas e, incluso, su propia familia que nunca había escuchado esa historia. Entonces, esa entrevista que haces con una cámara de vídeo en el entorno de una exhumación se convierte en un acto político y quedas completamente insertado en ese proceso. Luego, hemos tenido muchísima demanda –que eso no me pasó en Venezuela– por parte de los movimientos sociales para colaborar con ellos en todo tipo de cosas. Des-

Nos dimos cuenta de que las exhumaciones se estaban convirtiendo en un proceso global. Entonces la pregunta que nos hacíamos era por qué las exhumaciones de fosas comunes, que ponían al descubierto una violencia en crudo, se habían convertido en una herramienta de reparación. Se trataba de una herramienta de derechos humanos, pero a la vez de incriminación a los perpetradores que estaba utilizándose en todo el mundo.

de organizar equipos para hacer exhumaciones, hasta participar en conferencias, debates.

L. M. C.: ¿Cómo fue el inicio de ese nuevo campo?

Aunque ya había participado antes en algunos procesos de búsqueda infructuosos, la primera exhumación real a la que asistí fue en 2003 en Valdedios, en Asturias. Para entonces, ya había entrado en contacto con la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y tenía mucha información recopilada. Pero, ni yo, ni ninguna de las personas con las que empecé a trabajar –Paco Etxeberria, Emilio Silva–, teníamos la más remota idea de la escala que iba a tomar esto, ni del impacto que llegaría a tener en la sociedad española. Pensábamos que iba a ser un fenómeno local. Al poco tiempo de empezar, se produjo la "revolución digital", llegaron los *smartphones* entre 2005 y 2006, y entonces se convirtió en un fenómeno de una dimensión extraordinaria. Comenzaron a circular imágenes y esto generó un efecto dominó. Empezó a haber una exhumación, otra, otra, otra. De repente descubrimos que prácticamente en cada pueblo había un activista o dos que estaban tratando de revisar qué es lo que había pasado en el municipio. Eran fundamentalmente de la generación de los nietos. Los "derrotados" durante la dictadura, habían permanecido en "modo supervivencia", la generación de la transición había

3. Véase Lincoln, Bruce "Exhumaciones revolucionarias en España, Julio 1936", *Historia Social*, N° 35, 1999, pp. 101-118.



Fotografía: Lourdes Herrasti.

Exhumación de La Pedraja (Burgos), agosto de 2010

Lo interesante del proceso español es que ha sido de la sociedad civil hacia arriba. Fueron los propios familiares, a través del movimiento asociativo, con la ayuda de grupos de técnicos, los que lo han ido haciendo hasta que las instituciones tuvieron que responder. La Ley de Memoria Histórica surge de la necesidad de regular ese impulso.

atravesado el “modo consenso” o “reconciliación”. En cambio, la generación de nietos activó el “modo recuperar y dignificar los cuerpos”. O sea, que hay un tema generacional muy claro. Fue entonces que empecé a encontrar gente de mi generación cada vez más interesada en este tema. Y ahí fue cuando empezamos a pedir financiación para poder construir equipos y sistematizar todo esto. La cosa cambió, al principio era yo solo el que iba a las exhumaciones como antropólogo social, y no tenía foros donde compartir lo que estábamos haciendo. Luego empezó a cobrar una dimensión tan enorme que era imposible que una sola persona pudiera seguir la complejidad del proceso. Entonces fue necesario construir equipos.

La exhumación como reparación

L. M. C.: Y ahora trabajas coordinando equipos que son multidisciplinares y transnacionales, ¿cómo fue ese proceso de crecimiento e institucionalización?

F. F.: Fue un crecimiento en etapas. La primera fue en el año 2006, cuando saqué la plaza en el Consejo

Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España.⁴ Esto me permitió conseguir un primer financiamiento específicamente para este tema, pero seguía trabajando solo. A partir de ese primer año, pedí un subsidio al Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica y pude empezar a participar en proyectos europeos vinculados al tema de las exhumaciones.⁵ Esto supuso poder construir equipos multidisciplinares que era algo que siempre había querido porque me parece fascinante y crucial ese tipo de intercambio. Había un montón de cruces posibles sobre los cuales, nosotros como antropólogos, con nuestra metodología de observación-participante en el terreno, teníamos y tenemos bastante que aportar. Esa fue una primera etapa. En ese primer proyecto, que duró tres años, casi todo el mundo trabajaba sobre España, aunque ya teníamos alguna gente, como Luis Fondebrider, del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) y que nos trajo toda su experiencia o como Antonius “Tony” Robben, de la Universidad de Utrecht (Holanda), que también participaba y había trabajado en Argentina. Pero, fundamentalmente, el primer proyecto era sobre el caso español, porque no dábamos abasto, no sabíamos cómo manejarlo. Luego, nos dimos cuenta de que las exhumaciones se estaban convirtiendo en un proceso global, precisamente por la actividad de grupos como el EAAF, que desde los años ochenta estaban haciendo esto y ahora trabajaban capacitando equipos en diversos lugares del mundo. Ante este proceso la pregunta que nos hacíamos era por qué las exhumaciones de fosas comunes, que ponían al descubierto una violencia en crudo, se habían convertido en una herramienta de reparación. Se trataba de una herramienta de derechos humanos, pero a la vez de incriminación a los perpetradores que estaba utilizándose en todo el mundo. Entonces, para nosotros era muy importante poder traer un marco comparativo a España. Así fue que pasamos de una primera fase, donde teníamos un equipo interdisciplinar para

4. Se trata del organismo equivalente al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en nuestro país.

5. El llamado Plan Nacional es el instrumento de programación con el que cuenta el sistema español de Ciencia, Tecnología y Empresa para la consecución de los objetivos y prioridades de la política de investigación, desarrollo e innovación tecnológica a mediano plazo, creado conforme a la Ley de la Ciencia y en la Estrategia Nacional de Ciencia y Tecnología (ENCYT).

entender mejor el proceso español, a la segunda, que se orientaba a poner el proceso español dentro de un marco mucho más amplio de comparación con múltiples procesos de exhumaciones que estaban teniendo lugar bajo circunstancias muy diferentes en muchos lugares del mundo. A partir de ese momento internacionalizamos el equipo. Ahora contamos con un equipo que se maneja en inglés, en francés y en castellano. Esto es muy enriquecedor porque cada uno trae sus bibliografías, sus reflexiones. Estamos organizando permanentemente conferencias para intercambiar y alimentar unos casos con otros. En paralelo, tenemos un seminario permanente que se llama “Rastros y Rostros de la Violencia” en el cual fomentamos este debate interdisciplinar.⁶ Todo esto nos permite, por un lado, desde un punto de vista académico, hacer un análisis comparativo que es muy enriquecedor. Pero, por otro lado, políticamente ha sido muy importante tener casos externos al español, porque en los debates internos en España se calificaba todo esto como un “capricho de necrófilos” que provenía de gente que quería “tirar cadáveres a la cara de otros”, después de que ya se había conseguido la “reconciliación” en España. Bueno, en ese punto las exhumaciones fueron decisivas para generar un cuestionamiento a este modelo de reconciliación falsa o ficticia, porque realmente lo que había supuesto esa “reconciliación” era la impunidad para los perpetradores y el olvido para las más de 100.000 personas que fueron ejecutadas por paramilitares franquistas y que, se cree, acabaron en fosas comunes. Entonces, en España el debate es muy álgido y el modelo de la reconciliación de la transición está en crisis, está haciendo agua. Poder tener una perspectiva global, trayendo casos de los *gulag* soviéticos, de Argentina, de México, de distinta naturaleza, en distintos contextos, nos ha permitido de alguna manera enriquecer el debate español.

L. M. C.: Teniendo en cuenta esa perspectiva comparada ¿por qué crees que cuesta tanto en España el reconocimiento de los represaliados por el franquismo

y la legitimidad del movimiento de la memoria histórica cuando, visto desde afuera, es claramente un caso de impunidad?

F. F.: Bueno, pues aquí hay una derecha política, heredera del franquismo, que tiene otra perspectiva, ya que durante la transición intentó mantener el máximo de privilegios posibles. Ahora son los principales defensores de aquella transición, pues les benefició, de modo que deslegitiman el proceso de exhumaciones contemporáneo. No ha habido en los últimos veinte años una “zona de confort” para las víctimas republicanas de la Guerra Civil. Han sido insultadas, vilipendiadas, humilladas, incomprendidas por la derecha política. Habría sido distinto si la desde esta posición política se hubiera asumido que esto era algo que había que hacer y hubiera desencadenado algún tipo de condena simbólica de los crímenes del franquismo. En España, dado el tiempo transcurrido, la mayor parte de los perpetradores están muertos. Es muy distinto al caso de Argentina o de Chile. Aquí, quizás al principio de las exhumaciones se podría haber encontrado alguna persona o algún perpetrador vivo, pero no a estas alturas. Algunas asociaciones de víctimas siguen intentando judicializar las exhumaciones, pero realmente ¿a quién se podría encausar? Si están todos muertos. Otra cosa es que desde las instituciones haya actos de reconocimiento y eso está ocurriendo. Pero siempre, excepto en algunos casos concretos, con la oposición de la derecha política que se ha negado por completo a colaborar. Por otro lado, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), que tiene un montón de gente en fosas comunes, tampoco ha sido lo suficientemente contundente. De hecho, llama la atención que una persona del carisma de Felipe González no fuera capaz de plantear este tema cuando tenía mayorías parlamentarias absolutas. Hay gente que argumenta que estábamos demasiado cerca de la transición, que hubo un golpe de Estado justo antes de que ganara, etcétera, pero él tuvo un grandísimo poder y no prestó atención a esto. Esta reparación, que yo creo que es fundamental para el fortalecimiento y

6. Véase <http://www.politicadela memoria.org/actividades/seminario-rostros-y-rastros-de-la-violencia/> El seminario cuenta con más de ochenta sesiones realizadas, muchas de ellas disponibles online.



Exhumación de Milagros (Burgos), julio de 2009

Fotografía: Helena Ferrándiz.

Cuando hablo de subterráneo me estoy refiriendo a una forma concreta de exilio, estamos hablando de un subterráneo: son decenas de miles de personas, civiles, ejecutados, que han sido abandonados en fosas comunes por todo el país durante décadas.

el incremento de la calidad de la democracia, quedó en el tintero. En el segundo gran momento socialista, durante los dos gobiernos de Zapatero (de 2004 a 2011) se hizo una “Ley de Memoria Histórica”, pero no fue todo lo potente que podría haber sido.⁷ Igualmente llama la atención que, desde el socialismo, ni el propio Zapatero haya sido capaz de ir a una exhumación nunca. Enton-

ces, lo interesante del proceso español es que ha sido de la sociedad civil hacia arriba. No fue una negociación política, sino que fueron los propios familiares, a través del movimiento asociativo, con la ayuda de grupos de técnicos, los que lo han ido haciendo poco a poco hasta que las instituciones tuvieron que responder. La Ley de Memoria Histórica surge de la necesidad de regular ese

7. Se trata de la ley 52/2007, aprobada el 31 de octubre de 2007, que reconoce, amplía derechos y establece medidas por en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura. Este reconocimiento incluye a las víctimas de la guerra civil (1936-1939) y de dictadura franquista (1939-1975), pero no regula suficientemente la apertura de fosas comunes en las que aún yacen los restos de represaliados por los sublevados o paramilitares franquistas durante la contienda, realizadas por organismos como la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH), el Foro por la Memoria, y más tarde por algunas comunidades autónomas. Entre 2005 y 2012 el Estado asignó en torno a 20 M de euros para tareas de memoria histórica, un tercio de ese monto fue destinado a procesos de exhumación. El modelo fue de “subcontrata” de las asociaciones memoriales para llevar a cabo estas tareas, sin gestión directa o coordinación por parte del Estado.

impulso que había multiplicado las exhumaciones en muchos lugares del país. El Partido Socialista entendió que tenía la responsabilidad de hacerlo. Para mí ha sido un test de "calidad democrática" y creo que lo hemos suspendido.

L. M. C.: ¿Cuál ha sido el papel de la sociedad civil?

F. F.: La sociedad civil ha demostrado tener un impulso muy importante. Cuando se trata de gestionar una situación tan compleja como es una exhumación, de abordar un pasado de asesinatos, ejecuciones, muchas de ellas extrajudiciales, es muy duro. La gente lo ha llevado bastante bien, ha continuado y ha habido un "efecto dominó" que conectó unos lugares con otros. Estamos hablando de varios cientos de exhumaciones y de alrededor de 10.000 cuerpos exhumados. Es un 10% o un 8% del total ¡pero es muchísimo lo que se ha hecho! Es el logro de gente que, con mucho coraje, se ha enfrentado a un montón de problemas, con distintos tipos de instituciones e, incluso, familiares y personales, en sus propios municipios. Han luchado, han buscado dinero para sacar a sus familiares de fosas comunes, y eso ha sido, a pesar de todos los problemas, admirable.

Del fusilado al desaparecido

L. M. C.: En el contexto de las exhumaciones, hay diferentes posturas frente a exhumar o no hacerlo ¿cómo se explica que existan esas diferencias dentro del propio campo social?

F. F.: Dentro de los colectivos y asociaciones que están especializados en el rescate de la memoria de los derrotados en la Guerra Civil hay muchas sensibilidades. Una de las posiciones que había inicialmente se oponía a la apertura de fosas, argumentando que causaría un "borrado" de la violencia e, incluso, muy tempranamente, ellos llegaron a hablar de "borrado del genocidio", refiriéndose a la destrucción de las pruebas que traería como consecuencia la apertura sin cobertura judicial. Ellos proponían localizar, dignificar las fosas, nombrar a las personas, hacer listas, hacer monumentos, es decir, "monumentalizar la fosa" en vez de exhu-

marla. Argumentaban, y con bastante razón, que en el marco de la sociedad del espectáculo en la cual vivimos la aparición de estos cuerpos podía dar lugar a excesos, tanto desde el punto de vista de las imágenes que podían salir al espacio público como de los reportajes que podían hacerse o del tipo de testimonios que se podían llegar a poner en circulación. En este marco de discusiones, uno de los temas que estamos tratando de investigar es por qué se impone el modelo "corpocéntrico" de la exhumación frente a los otros modelos. Es evidente que el cuerpo ejecutado tiene mucho poder: visual, político, simbólico e, incluso, diría que religioso. Tenemos que preguntarnos por qué sucede esto y analizar sus efectos. Es decir, cómo la irrupción de estos cuerpos fusilados en el espacio público ha tenido un efecto infinitamente más poderoso que el que podía haber tenido el dignificar las fosas en el terreno sin abrir.

L. M. C.: ¿Durante las exhumaciones se corroboraron algunos de aquellos temores de "espectacularización", esbozados por esos grupos de familiares?

F. F.: Bueno, en el caso español, la apertura de las fosas no se judicializó. Es decir, son exhumaciones públicas, abiertas a la comunidad que se producen en el espacio público. La gente puede ir allí y sacar fotografías, llevárselas a casa y subirlas por Twitter o por Facebook. El hecho de que no haya control sobre las imágenes, o sobre determinados aspectos de las exhumaciones, sé que puede resultar insólito en otros países. Pero, en España, al no haber un proceso judicial detrás, no hay una autoridad que tenga unos criterios claros sobre qué es lo que se debe hacer en las exhumaciones. Esto tiene sus aspectos favorables, pero también otros más problemáticos. En España, el hecho de que no haya habido paraguas judicial para estas exhumaciones las ha condicionado muy profundamente. Hay diversas circunstancias, incluyendo el tiempo transcurrido desde los asesinatos, que han impedido la inserción de las exhumaciones en procesos judiciales. Como consecuencia, a pesar del intento de algunas asociaciones por denunciar los crímenes que eran excavados, los jueces se han inhibido por falta de competencia en la gran mayoría de los casos. Es decir, a diferencia de lo

que ha ocurrido en algunos lugares de América Latina, han sido las propias asociaciones, y nos los jueces, las que han llevado la iniciativa del proceso de desterramiento de las fosas en un marco extrajudicial.

L. M. C.: En algún momento has hablado del camino del *fusilado* o *represaliado* al del *desaparecido* por el franquismo ¿cuál es ese recorrido?

F. F.: Al principio en España se hablaba de *fusilados*. Esta categoría admite, básicamente, dos modalidades: los *paseados* y las personas que habían sido víctimas de una *saca*. Los paseados eran las personas que estaban en listas de muerte y eran recogidas por los pueblos. Llegaban los paramilitares —muchas veces falangistas—, los recogían en camiones y los llevaban a sitios del entorno o medio apartados del pueblo y los fusilaban allí. Las *sacas* hacían referencia a los grupos de detenidos supuestamente liberados, que en realidad también fueron ejecutados. Esas son las dos

principales modalidades. Había una nomenclatura específicamente española para hablar de todo esto. Sin embargo, cuando las asociaciones vieron defraudadas sus expectativas por la Ley de Memoria Histórica, comenzaron a acudir al juez Baltasar Garzón en la Audiencia Nacional, denunciando desapariciones. Lo que ocurrió fue que, a partir de la consolidación de la desaparición forzada como crimen contra la humanidad, Garzón tradujo el derecho penal internacional al caso español. Es decir, convirtió a estos *fusilados* en *desaparecidos* desde un lenguaje legal, intentando armar una causa legal contra el franquismo. Garzón fracasó, fue desautorizado por la propia Audiencia Nacional y, luego, él mismo tuvo que ir a juicio por prevaricación. Aunque se declaró inocente a Garzón en este caso concreto de la Guerra Civil, el Tribunal Supremo desestimó la posibilidad de que la justicia española accediese a estos cuerpos, tanto porque estaban sujetos a la Ley de Amnistía de 1977 como porque se trataba de delitos que habían prescrito pasados los 20



María Martín, 10 de noviembre de 2007

La noción del desaparecido ha cuajado en el imaginario social de una manera muy potente porque cambia radicalmente el concepto de víctima. Una persona que es desaparecida debe ser buscada cada día, se trata de un crimen contra la humanidad que no prescribe. Ese argumento es clave porque coloca a los desaparecidos españoles dentro del panorama global.

años de haber sido cometidos, conforme el derecho penal español. Entonces se da un fenómeno, que es muy interesante para los antropólogos: es lo que llamamos "la vida social de los derechos". En el caso español, la vida judicial del derecho, es decir, el recorrido judicial está hasta el día de hoy cauterizado, a pesar de los intentos de las asociaciones, las recomendaciones de la Organización de Naciones Unidas (ONU), los recursos al Tribunal de Estrasburgo y demás. En España hay un naufragio absoluto de la implicación judicial. Pero, sin embargo, la noción del desaparecido sí que ha cuajado en el imaginario social de una manera muy potente. ¿Por qué? Pues porque es un concepto que cambia radicalmente el concepto de víctima y la dota de unas nuevas características. Una persona que es desaparecida, dentro del derecho internacional, es una persona que debe ser buscada cada día, se trata de un crimen contra la humanidad que no prescribe. Y ese argumento es muy potente para el movimiento asociativo porque coloca a los desaparecidos españoles dentro del panorama global de los desaparecidos en otros lugares del mundo, independientemente de cuál sea el origen del concepto de la desaparición. Una vez que se establece como un crimen contra la huma-

nidad, pertenece a la humanidad, aún con las distintas características que asume la desaparición en cada uno de los contextos. Entonces, lo que ha sido llamativo es cómo el concepto de la desaparición forzada ha cuajado en el imaginario memorialista español de una manera muy rápida. Existía desde el principio, pero de manera embrionaria y, a partir del año 2008, la gente ya habla de desaparecidos a todos los niveles, homologando a las víctimas españolas con las de otros lugares del mundo. Es curioso el proceso de transformación: en la apertura de las primeras fosas veíamos a esos cuerpos como fusilados y ahora los pensamos como desaparecidos. Entonces yo creo que eso es muy interesante de analizar: cómo estos conceptos fluyen, cómo son reapropiados en distintos contextos, más allá de lo judicial.

M. L. C.: Has definido parte del proceso como "subterráneo", ¿a qué refiere esa definición?

F. F.: Cuando formulé el concepto de subterráneo fue por dos motivos. En primer lugar, porque pensaba que necesitábamos un concepto nuevo, que nos permitiera ir más allá de las figuras de desaparecido, fusilado y del lugar de la fosa común. Entonces, pensé en el concepto de subterráneo en relación con la experiencia del destierro, del transtierro, que son otras experiencias de la derrota relacionadas con el exilio. Es un concepto más territorial, que tiene que ver con ser un expatriado, o que refiere a una topografía del terror, por ejemplo. A su vez, este concepto permite historizar las fosas comunes. Es decir, cuando hablo de subterráneo me estoy refiriendo a una forma concreta de exilio, estamos hablando de uno subterráneo: son decenas de miles de personas, civiles, ejecutados, que han sido abandonados en fosas comunes por todo el país durante décadas. No es simplemente que se ejecuta a civiles y se les tira en una fosa común y, luego, ochenta años después se los recupera. Estas fosas son un proceso y tienen una historia. Es la historia de la construcción de un "apartheid funerario" en España. En ese proceso, los cuerpos de las personas que eran interpretadas como vencedores fueron exhumados, reclamados, dignificados, homenajeados e integrados dentro de la ideología de la Nación desde el propio final de la guerra e, in-

cluso, durante la guerra. Mientras que los derrotados permanecían en silencio. Hubo muchísima legislación para hacer exhumaciones en la posguerra de los vencedores, que excluía las fosas de los vencidos. Entonces el concepto de subterráneo me permite analizar toda la historia necropolítica de los muertos en la guerra. La secuencia de abandonos, de olvidos, de desprecios, de ausencias, de elipsis que ha habido sobre estas fosas comunes desde que se constituyeron, en la Guerra Civil o en la posguerra, hasta el momento en que se abren. Creo que tiene la virtud de permitir conceptualizar a las fosas de una manera más compleja y más histórica.

Visibilidad y exilio subterráneo

L. M. C.: En ese sentido ¿podríamos pensar que las fosas o las exhumaciones han pasado por distintas fases de visibilidad?

F. F.: No sé si te refieres a todas o a las republicanas, pero una de las cosas que nosotros hemos tratado de que esté presente en el debate público en España -que ha sido tan visceral- es que no son las primeras exhumaciones que hace un supuesto grupo de "necrófilos" que quiere desestabilizar el sistema, sino que ¡son las últimas dentro de una secuencia de exhumaciones! Eso creo que es muy importante, de hecho, ahora en nuestro equipo tenemos gente trabajando en lo que podemos llamar distintas fases "necropolíticas" de la gestión de los muertos de la guerra. La idea es distinguir cada ciclo de exhumaciones de la Guerra Civil señalando las distintas características de cada uno: tipos de víctimas, agentes memoriales, modos de conmemoración, ideologías subyacentes a cada proceso, etcétera. Hemos definido globalmente cuatro conjuntos de exhumaciones: las primeras son las de posguerra. Allí todavía no sabemos cuántos se exhumaron, porque es un tema que está poco trabajado, pero fueron muchos miles de personas. Fundamentalmente civiles, ejecutados por los republicanos, exhumados en muchos lugares del país con ayuda del Estado, de médicos forenses, del Ejército, entre otros. Estos muertos fueron fundamentales para anclar el sistema político franquista. Son los lla-

mados "Caídos por Dios y por España". Todo el concepto de martirio, vinculado a la cruzada, se ancla en estos cuerpos que estaban siendo exhumados por toda España. Uno no tiene más que ir a un cementerio municipal, prácticamente en cualquier lugar de España, y encontrarse una tumba "de prestigio", de los que fueron ejecutados por los republicanos. Aparte, las placas que había en las iglesias con los nombres de los "Caídos por Dios y por España" se refieren a ellos y a los que murieron en el frente de batalla. Fue muy importante este proceso de exhumación de posguerra porque todavía podemos ver sus efectos en las iglesias, donde quedan placas, y en los cementerios de todo el país.

Luego, hay otro momento necropolítico importantísimo, que empieza en 1959 y se refuerza durante los años sesenta, que fue cuando se inauguró el Valle de los Caídos, a 40 km de Madrid. Este es un monumento que conmemora "La Victoria". Es un panteón extraordinario, muy complejo, ideado por Franco durante la propia guerra y muy polémico en la España contemporánea. Hay menciones de Franco comentando que se construiría un monumento para todos "los caídos que estaban sacrificando su vida y regando con su sangre la Nueva España". Tardaron casi 20 años en construir el Valle de los Caídos y, cuando lo terminaron, en el año 1958, dieron una instrucción para que se llevaran el mayor número de cuerpos posibles allí. No sabemos exactamente el número de cuerpos que se movieron. Los monjes benedictinos que custodian el monumento tienen una lista de entrada de cuerpos que registra la cifra de 33.847, pero es muy posible que sean muchos más. Esto significa que, a 20 años de la guerra, el propio régimen franquista movilizó más de 30.000 cuerpos hacia un monumento concreto que es el Valle de los Caídos. En ese momento, bajo la idea de la "reconciliación", se llevaron al Valle cementerios militares, fosas comunes, republicanos. Eso se ha descubierto ahora. Todo este proceso comenzó en el año 1959 y ha durado hasta el año 1983, que es cuando ha parado.

L. M. C.: ¿Y qué pasó con las fosas de los republicanos? ¿En qué fase necropolítica puede ubicarse este proceso?

F. F.: Entonces hay otro momento necropolítico muy importante que, en general, lo ubicamos en la transición a la democracia, desde mediados de los años setenta. Cuando muere Franco en 1975, al mismo tiempo que se fomenta una "cultura del consenso y la reconciliación" muy propia de la transición, muchos familiares de republicanos llevan adelante exhumaciones. Toman picos y palas en sus pueblos, sin ningún tipo de apoyo técnico, sin financiación, en la mayoría de los casos, y con un apoyo institucional bastante limitado sacan restos humanos que ellos consideran sus familiares y los reenterran dentro de los cementerios. Sabemos que este tipo de exhumaciones, que llamamos "de la transición", se habían producido antes en condiciones más precarias. Incluso, tenemos datos dispersos de que durante la propia guerra o justo después de las propias ejecuciones algunas personas se echaron al hombro a su familiar y lo llevaron al cementerio. Es decir, ha habido un movimiento clandestino en torno a las fosas comunes republicanas durante el franquismo. Este subtierra en algunos casos ha estado marcado con flores o se marcaba en los rituales clandestinos de conmemoración el 1º de noviembre, es decir, el Día de Todos los Santos. Se ponían flores en mitad del campo en un sitio que nadie sabía por qué y, entonces, allí se podía suponer que había una fosa. Tenemos datos de algunas de estas exhumaciones realizadas en los años cincuenta y sesenta, pero el movimiento importante se da tras la muerte de Franco, a partir de los años setenta y ochenta. En ese momento necropolítico había otros discursos políticos en circulación y eran otros los mecanismos de exhumación, de reenterramiento y de dignificación que formaban parte de una cultura memorial muy distinta a la actual. Por último, a partir

del año 2000 consideramos que hay otro ciclo de exhumaciones. El cambio de milenio y la exhumación del abuelo de Emilio Silva⁸ y doce personas más, que consigue una publicidad enorme, funcionan como parteaguas entre un ciclo y otro. En este último ya participan equipos técnicos, que no siempre han tenido la misma categoría, pero entre los cuales había algunos equipos muy buenos, influenciados por los protocolos internacionales que se generaron en relación con las exhumaciones en el Cono Sur de América Latina, como el protocolo de Minnesota de la ONU.⁹ Estas son exhumaciones del siglo XXI, vinculadas a la sociedad de la información y del conocimiento, a la llegada de conceptos del derecho internacional –como el de desaparecido al que me he referido anteriormente–, que las diferencia profundamente de las anteriores.

El activismo académico

L. M. C.: En todo el proceso que relataste, se va articulando una relación entre la academia, las instituciones políticas y las asociaciones, ¿cómo te gustaría o cómo crees que debería ser esa relación?

F. F.: Yo creo que de respeto mutuo. Nosotros siempre hemos tratado de mantener un perfil académico, de análisis crítico, que nos parece que es fundamental. Nosotros no representamos a ninguna asociación. Yo no estoy en ninguna porque quiero mantener esa independencia. Es muy importante que haya un análisis crítico sobre el proceso, y cuando te conviertes en portavoz de un movimiento asociativo, de un movimiento social, tienes que representarlo. Nosotros siempre hemos tratado de colaborar con ellos, de

En España se ha generado históricamente un relato memorial respecto a la Guerra Civil, que se hereda de la transición: son ideas de consenso y reconciliación. Las exhumaciones lo ponen en cuestión, pero con ellas se pone en marcha un nuevo sentido común. Lo que nosotros tratamos de plantear es que se trata en todos los casos de conceptos históricos, políticamente contruidos, que precisan de reflexión y análisis.

dialogar, en muchos niveles, desde la amistad personal hasta la participación conjunta en todo tipo de actos. Para mí lo importante es generar un pensamiento crítico y de alguna forma desestabilizar el sentido común, introduciendo análisis y matices. En el caso español se ha generado históricamente relato memorial bastante homogéneo respecto a la Guerra Civil, que se hereda de la transición, que son ideas de consenso y reconciliación, etcétera. Las exhumaciones lo ponen en cuestión, pero con ellas se pone en marcha un nuevo sentido común. Entonces, lo que nosotros tratamos de plantear es que se trata en todos los casos de conceptos históricos, políticamente contruidos, que precisan de reflexión y análisis. Eso nos ha ayudado a participar en el debate, desde otro rol. Es verdad que hay algunos investigadores

que han decidido formar parte del movimiento asociativo, me parece perfectamente respetable, pero yo pienso que tiene que haber una autonomía de cada uno de los actores sociales.

L. M. C.: ¿Y cómo han manejado en la práctica esa tensión entre la política y la academia?

F. F.: Cuando se nos ha requerido desde las instituciones, por ejemplo, en el 2011 me convocaron para la Comisión de Expertos del Valle de los Caídos que recomendó la exhumación del dictador, tratamos de aportar nuestra mirada de análisis académico, distinta a la de otras personas de perfil más político. Lo mismo pasa con el movimiento asociativo. Hemos generado relaciones de empatía porque hemos trabajado junto con ellos, pero también hay lógicas fricciones. Alguna asociación, por ejemplo, me ha dicho que muchos de sus miembros discrepan con el análisis de mi libro *El pasado bajo tierra*¹⁰ y mi respuesta inmediata ha sido: "[p]ues nos reunimos y discutimos, porque a mí me interesa saber en qué discrepáis y cuál es vuestro punto de vista. Qué es lo que yo no he entendido, según vosotros, del proceso". Entonces yo creo que la forma es esa, a través de la crítica, del debate, de traer nuevas ideas, nuevos conceptos, y cuestionar estereotipos y lugares comunes. En eso creo que, por ejemplo, ha ayudado el concepto de subtierra, porque cuando hablo con alguien de las asociaciones y me refiero a los fusilados, inmediatamente ellos despliegan unas claves interpretativas consolidadas, mientras que si hablo de subtierra tenemos un espacio fresco para discutir cosas nuevas que a lo mejor no se podían discutir con el concepto más enraizado y politizado de fusilados. Del mismo modo, hemos aprendido a manejar los requerimientos de la prensa. Hubo un momento, especialmente entre el año 2006 y el 2011 cuando estaba más caliente el debate en el espacio público por la Ley de Memoria Histórica y por el auto de Garzón, que éramos requeridos por los medios de comunicación prácticamente de manera diaria. Nos está ocurriendo

8. Se refiere al sociólogo y miembro fundador de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica que en el año 2000 impulsó la exhumación de la fosa de de Priaranza del Bierzo, León, donde halló a su abuelo junto a otros doce hombres, todos ellos militantes de partidos de izquierda y republicanos asesinados durante la Guerra Civil. Véase <http://memoriahistorica.org.es/los-trece-de-priaranza/>

9. Se trata de un protocolo aprobado por la ONU en 1991 que sirve de modelo para la investigación legal de ejecuciones extralegales, arbitrarias y sumarias. Este procedimiento está orientado a casos en los que se investigan crímenes de lesa humanidad o en los que existe una presunción de ejecución por parte de uno o varios agentes del estado y, entre otras cosas, busca evitar que los funcionarios sospechados puedan actuar o influir en la investigación. Recomienda que se constituya una comisión investigadora independiente, con recursos y facultades suficientes, así como la posibilidad de recurrir a la ayuda de expertos internacionales en ciencias jurídicas, médicas y forenses. A su vez, incluye también un modelo de autopsia y otro de exhumación y análisis de restos óseos, que apuntan a participar a todas partes involucradas, los periodistas, la ciudadanía, con el fin de aumentar la transparencia del proceso.

10 *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*, Anthropos, Barcelona, 2014 (<https://www.youtube.com/watch?v=KMeCs5XbqAA>).

lo mismo ahora, en 2018, con la exhumación de Franco del Valle de los Caídos. Tuvimos que aprender a hablar de una manera sintética para construir titulares u ofrecer potenciales titulares para los medios de comunicación. Hablar en la radio y la televisión en formatos a los cuales no estamos acostumbrados, que no son académicos. Entonces eso ha sido realmente importante, porque yo pienso que nuestro equipo de investigación ha conseguido un nivel de divulgación muy importante, aparte de nuestra página web y de todas las actividades que hacemos continuamente de acceso abierto.¹¹ De esa manera, creo que hemos contribuido a enriquecer el debate que era nuestro principal objetivo.

L. M. C.: ¿Cómo termina un antropólogo social que está trabajando en exhumaciones de fosas clandestinas en la comisión sobre qué hacer con el Valle de los Caídos?

F. F.: El Valle de los Caídos es un sitio escandaloso, es tremendo, es un monumento realmente atípico, inexplicable e inexplicado, que llama mucho la atención fuera de España. En la Ley de Memoria Histórica hay un artículo que se refiere específicamente al Valle y tiene básicamente dos provisiones. Una, muy conservadora, que indica que se mantenga como lugar de culto. Es decir, ahí el PSOE no tocó la competencia de la Iglesia sobre la basílica y sobre la gestión del monumento. Lo segundo es que se prohibían actos políticos dentro del Valle de los Caídos. Pero, luego había una provisión adicional que también decía que se iba a intentar ver de qué manera se podría abrir ese espacio con el propósito de democratizarlo y resignificarlo. Entonces fuimos nombrados en 2011 por el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, por un periodo de seis meses. Estaba también Ricard Vinyes que conocía algunas asociaciones catalanas, pero más desde el punto de vista de la historiografía. En ese marco, yo era el que tenía más experiencia por haber hecho etnografía por las distintas fosas, trabajando en conjunto con las asociaciones. Entonces, práctica-

mente después de cada reunión, me encontraba con la Asociación Pro Exhumación de Republicanos del Valle de los Caídos y les transmitía qué tipo de cosas se discutían en los debates. Luego, llevaba a las plenarios los requerimientos de estas asociaciones. Entonces cumplía un papel bisagra entre la comisión y el movimiento asociativo que tenía su importancia. En esa experiencia, pudimos ver cómo la antropología, con el tipo de metodología que sigue y las reflexiones que genera, desde un enfoque más culturalista e interesada en comprender lo que piensan los colectivos que estamos investigando, ayudó a aportar una nueva perspectiva en los debates.

L. M. C.: Dado ese compromiso que relatas ¿no consideras que haces algún tipo de activismo militante en torno a la memoria?

F. F.: Nosotros lo que analizamos es qué es lo que ha pasado históricamente con el cuerpo de los fusilados o de los ejecutados en España, de ambos bandos, aunque como antropólogos sociales nuestro énfasis está en las contemporáneas. Es decir, para la persona que está trabajando con una perspectiva historiográfica y forense sobre las exhumaciones de posguerra, el foco son los cuerpos de personas ejecutadas por los republicanos. También hemos problematizado las exhumaciones –históricas y contemporáneas– de la iglesia católica, de hecho, hay una persona del equipo dedicada a estudiar las exhumaciones de “los mártires” y la producción masiva de reliquias de la Guerra Civil en España. O sea, podríamos decir que, aunque nos interesa todo lo que se relaciona con el desenterramiento de la guerra, hay una militancia clara en el hecho de que colaboramos con las asociaciones memoriales en muchos ámbitos y de que estamos disponibles para los medios de comunicación. Tener el privilegio de poder transmitir historias que nos ha contado gente que no tiene acceso a la radio o que ya ha muerto es también una responsabilidad social. Esto es algo que traigo de Berkeley, que heredé de una de mis directoras

¹¹ Véase www.politicadela memoria.org



En el campo San Francisco de Oviedo (Asturias), 2017

de tesis –Nancy Scheper-Hughes– que siempre ha pensado que la antropología tiene que ser militante, tiene que denunciar el poder, ser contrahegemónica, generar un contradiscurso y dar voz a las personas que no tienen acceso a los medios de comunicación cuando tenemos esa oportunidad. Eso es algo que está muy engranado con cierto tipo de antropología, que es una antropología más comprometida con la transformación social. Evidentemente, sí, en este caso, queremos transformar la sociedad. Apoyamos el proceso de exhumaciones. Queremos transformarla pero críticamente, y en ese sentido tenemos un papel: no somos un partido político ni un grupo memorialista, sino un equipo científico.

Límites, logros y desafíos

L. M. C.: ¿Qué dificultades y desafíos crees que tiene el movimiento memorialista en la actualidad?

F. F.: Tiene varios desafíos y problemas. Por un lado, no estoy viendo muy claro el recambio generacional. En un sentido genérico, la gente que veo que perdura al frente del movimiento memorialista sigue siendo mayoritariamente los nietos de la derrota, que hoy tienen entre cuarenta y sesenta años. Pero los bisnietos, digamos que son la generación que está entre los veinte y los treinta años, están más desconectados. La tasa de recambio no sé hasta qué punto está funcionando. A lo mejor hay un umbral de saturación en España respecto al tiempo o al esfuerzo que hay que dedicarle a este tema. También es cierto que, con la sociedad de la información y del conocimiento, el nivel de atención a los temas es muy corto y, excepto el fútbol, en la España contemporánea ha habido pocos temas que hayan durado tanto tiempo como las fosas comunes, que estuvieron durante casi una década en los medios de comunicación y en el debate. Entonces, por un lado no tengo muy claro el recambio generacional; por otro lado veo un agotamiento muy lógico de las personas que han impulsado este movimiento. Además, ha cambiado mucho el campo de juego, porque desde el principio el movimiento asociativo ha reclamado el apoyo de las institucio-

nes, pero cuando ese apoyo ha llegado, ha venido acompañado de condiciones: protocolos, desplazamientos en la toma de decisiones, equipos técnicos coordinados desde la institución, etcétera. Esto ha estrechado muchísimo el margen de actuación del propio movimiento memorialista. Entonces, se ha dado una paradoja y es que en los lugares donde ha habido políticas institucionales de la memoria y hay protocolos de actuación es más difícil exhumar. A veces, de hecho, impiden la exhumación porque son complejos los requisitos o exigen que haya un restaurador. Hay una serie de especificaciones técnicas que encarecen la exhumación y, por lo tanto, cuando no hay financiación resulta que es más difícil exhumar ahora que antes de que hubiera intervención pública. En cuanto a los desafíos, uno de los principales es saber reciclarse. Se ha creado un sentido común respecto a la memoria histórica en España, al que nosotros hemos contribuido sin duda, que de la mano de un cierto tipo de corrección política, impuso cómo hablar de este tipo de temas. A mí me gustaría que hubiera más dinamismo, más transformación, es decir, más capacidad de replantear los problemas. En los primeros años del movimiento memorialista hubo que inventar este discurso reciclando luchas previas, antifranquismo, el exilio externo e interno, hubo que aunar tradiciones, pero una vez que se constituyó ese sentido común de cómo hablar de las fosas, ese lenguaje impide avanzar en el análisis y creo que es muy importante repensarlo.

L. M. C.: ¿Qué huellas deja trabajar 15 años con fosas de la Guerra Civil?

F. F.: Creo que, básicamente, la experiencia es enriquecedora. Ahora, trabajar cotidianamente con violencia (tiros, asesinatos, violaciones, masacres, genocidios, etcétera) y que toda la bibliografía que estás leyendo tenga que ver con estos temas, evidentemente te condiciona y te transforma como persona. Pero, al mismo tiempo, creo que es un trabajo muy satisfactorio porque tiene que ver con los derechos humanos –aunque podamos cuestionar los paradigmas de derechos humanos hegemónicos

Cuando se devuelven los restos exhumados al municipio, se intenta hacer un acto de homenaje que legitime el regreso de esos cuerpos que fueron expulsados de la vida –asesinados– y también privados de la comunidad legítima de muertos, que es el cementerio. Esto es lo más revolucionario y es el momento más potente de todo el proceso de recuperación de la memoria.

y todo esto–, es decir, es un espacio desde el cual podemos contribuir a profundizar la calidad de la democracia y también a ayudar a dar satisfacción a colectivos de víctimas que no han tenido hasta ahora una presencia o un reconocimiento.

L. M. C.: ¿Qué sucede después de las exhumaciones? ¿Cómo se procesa socialmente la recuperación de los cuerpos desaparecidos?

Se habla mucho de la exhumación, pero el momento clave es la devolución de restos en el municipio tras su paso por los laboratorios forenses, que es cuando los cuerpos se muestran en ceremonias públicas a veces muy concurridas, que recorren las calles de los pueblos. Se intenta siempre hacer un acto de homenaje en un espacio municipal que legitime el regreso de esos cuerpos que, no solamente fueron expulsados de la vida –asesinados–, sino también expulsados de la comunidad legítima de muertos, que es el cementerio en cada municipio. Se hace un acto allí y lo que intenta el movimiento asociativo y los colectivos de víctimas es que haya la mayor representación política posible. Y eso en cada caso es una negociación para que los familiares de esas víctimas que, durante sesenta, setenta u ochenta años han sido absolutamente ignorados y silenciados, de repente, tengan frente a ellos un

alcalde o un senador diciendo “Estamos aquí por vosotros”. Eso creo que es lo más revolucionario de todo. El regreso a los municipios es el acto más emotivo y más potente de todo el proceso de recuperación de la memoria. Son procesiones de veinte, treinta, quince cuerpos, por las calles centrales del pueblo, que van al cementerio donde se hace una ceremonia negociada entre los familiares, laica o con algún componente religioso, más política o menos política... y está todo el mundo. Es uno de los momentos más importantes en la historia de un pueblo. Cuando por algún motivo esto no sucede, emergen íconos como el de María Martín. Su historia me movió tanto que usé una foto que le hice como portada de mi libro. Se trata de una mujer de un pueblo de Ávila que se llama Pedro Bernardo. Le mataron a su madre y su padre estuvo arrestado, luego fue liberado. Cuando era niña sufrió todo tipo de humillaciones y tuvo que dejar la escuela y ponerse a trabajar muy rápidamente para poder sacar a su familia adelante. Ella con su escasa formación escribió cartas al Rey, a Adolfo Suárez, a Felipe González y a José Bono pidiendo que la ayudaran a abrir la fosa donde estaba su madre, al lado de su pueblo. Es una mujer anciana que desde un pequeño pueblito de Ávila reclama a las instituciones del Estado que le respondan por la localización del cuerpo de su madre que fue ejecutada. María se ha convertido en un ícono del movimiento memorialista porque representa muchísimas otras historias. Ha dejado quizá la escena más impactante de todas que es su declaración ante el Tribunal Supremo cuando se juzgaba por prevaricación a Baltasar Garzón. María con sus 81 años entró: vestida de luto, con un andador y con una afonía tremenda y declaró ante el Supremo.¹² En un lenguaje local, con una voz absolutamente quebrada, en un lenguaje que se refería a su contexto significativo de vida y que estaba a una distancia absolutamente sideral del proceso judicial que estaba teniendo lugar en torno a su testimonio. De alguna manera, lo que hacía era visualizar la distancia radical entre el sistema judicial y las víctimas. Yo creo que ese momento es de los más potentes que ha dado el movimiento memorialista. ❖

12 Véase https://www.youtube.com/watch?v=K_z1GGfc-5E